

ORDEN Y PROGRESO

VIVIR PARA LOS DEMAS: LA FAMILIA, LA PATRIA, LA HUMANIDAD

---

# CARTA

SOBRE LA

# RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

Dirigida á la señora doña

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA

POR

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

CALLE DE LA BANDERA, NÚMERO 73

AÑO 104º DE LA GRAN CRISIS

1892

## OBRAS DE AUGUSTO COMTE

QUE SE HALLAN EN PARÍS, 10, RUE MONSIEUR LE-PRINCE

---

<i>Système de Politique Positive</i> instituant la <i>Religion de l'Humanité</i> . 4 vol. in 8. . . . .	30 fr. 50 ct.
<i>Synthèse subjective</i> . In 8. . . . .	9 "
<i>Appel aux Conservateurs</i> . In 8. . . . .	3 "
<i>Son Testament</i> suivi de ses <i>Prières quod-</i> <i>tidienne</i> s de ses <i>Confessions annuelles</i> et de sa <i>Correspondance avec Clotilde</i> <i>de Vaux</i> . In 8. . . . .	10 "

---

## DEL MISMO AUTOR

EN PARÍS, 1, PLACE DE L'ESTRAPADE

<i>Catéchisme Positiviste</i> , ou Sommaire ex- position de la religion universelle. In 16.	3 fr.
------------------------------------------------------------------------------------------------	-------

---

CARTA

SOBRE LA

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

DIRIGIDA Á LA SEÑORA

DOÑA MERCEDES CABELLO DE CARBONERA

---





ORDEN Y PROGRESO

VIVIR PARA LOS DEMÁS: LA FAMILIA, LA PATRIA, LA HUMANIDAD

---

CARTA

SOBRE LA

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

Dirigida á la señora doña

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA

POR

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE



SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA CERVANTES

CALLE DE LA BANDERA, NÚMERO 73

AÑO 104º DE LA GRAN CRISIS

1892




---

## CARTA

Á LA SEÑORA

DOÑA MERCEDES CABELLO DE CARBONERA



DISTINGUIDA SEÑORA Y AMIGA DE TODO MI APRECIO:

Hace tiempo que le habría escrito esta carta si no hubiera sido por el hondo duelo, mezclado de grande indignación, á que me ha reducido la cruenta y larga guerra civil de mi patria, que le importa un retroceso inmenso. Yo me halagaba con la esperanza de que jamás tendríamos revolución en Chile, porque creía persuadidos á mis conciudadanos de que el verdadero progreso ya solo es realizable ordenadamente. De ahí que, en esta ocasión, aunque nuestra atmósfera social, cerrada por desgracia á los consejos positivistas, se preñase más, cada momento, de tempestad, dudara yo hasta el último de su estallido. Y luego, cuando la infausta contienda armada, deseé, para menor mal de mi patria, que el go-

bierno lograra prevalecer en vez de ser derrocado, como ha sucedido, por faltarle, á causa de la inconsistencia actual de la opinión pública, el suficiente concurso, y haber tomado un cuerpo extraordinario la agitación subversiva. Cuanto más medito sobre esta incalificable revolución, más me convengo de que ella ha sido una terrible expiación por la injusta conquista de Tarapacá. En mi carácter de servidor de la Religión de la Humanidad, yo traté de disuadir á mi país de ese culpable acto internacional. Y no hubo entonces más voz chilena que esa, desoída con torpe obstinación, que se levantara en favor de la justicia. Al fin de la administración bajo la cual se consumó esa gran inmoralidad política, ya se iniciaba con energía el movimiento anárquico que, habiendo quedado en suspenso por cierto tiempo, cobró en seguida mayores proporciones é hizo horrenda explosión cinco años más tarde. No es mi ánimo después de lo siniestramente acontecido en Chile, lanzar inútiles recriminaciones y menos aun soplar insinuaciones revoltosas, pero formularé sí censuras sociológicas retrospectivas, con el objeto de aconsejar que enmienden su rumbo político los que han llegado al poder mediante la revolución. Si establecen el régimen parlamentario, en cuyo honor parecen haber combatido, se agravarán las fatales consecuencias de la guerra civil y nuestra patria vivirá en pernicioso desorden. Tal forma de gobierno mantiene una constante inestabilidad política y distrae de la regeneración social, que es, sobre todo, lo que debe preocuparnos y donde se cifra el verdadero progreso de las naciones. Según confesión categórica de uno de los mismos que apoyaron vigorosamente la revolución, abun-

dan entre ellos los que están contra el régimen parlamentario y en favor del régimen presidencial. Mucho se empeña dicha persona en explicar y cohonestar esa funesta inconsecuencia, pero la verdad es que él y copartícipes procedieron así, porque no supieron sobreponerse á sus emociones propias, en aras de la patria. Trastornados por una violenta y deplorable antipatía al jefe del Estado, se dieron á sustentar una idea política que consideraban errónea. Hicieron causa común, en su malhadada ceguera, con un Congreso que obraba á impulsos de una ambición desenfrenada y con el instrumento de embusteros sofismas. Es cierto que había en su seno hombres honrados, pero, como suele acontecer en los cuerpos colegiados, los injustos arrastraron con los justos y, perdidos el criterio y el civismo, se precipitó al país hacia una profunda anarquía. La prensa anónima y sin conciencia fomentó con cínica osadía esa corriente desquiciadora del largamente ordenado Chile. Era aquello una perpetua calumnia y una declamación incendiaria contra el gobierno constituido. La juventud, fácilmente seducida, se dejó llevar á la revolución y la sirvió con ímpetu. Una parte del proletariado fué á ofrecerle su robusto brazo, siguiendo un fantasma de patriotismo. Y hasta la mujer le prestó, en general, vehemente adhesión, á influjo del clero católico que, olvidado por completo del espíritu religioso, ha sido un gran fermento de discordia.

Semejante proceder del clero católico me arrebató las esperanzas que aun guardaba, de que pudiera convertirse á la fe altruista para coadyuvar á la salud de mi patria en la Humanidad. Lejos de reformarse con los llama-

mientos y advertencias que se le hicieran en diversas ocasiones, ha ido extraviándose, más cada vez, hasta derribarse en la revolución. Cuando había de tender constantemente al orden, al progreso y á la santidad que encarna el Positivismo, degenera tanto, por el contrario, que asume la irreligiosa actitud de protector de la anarquía, la retrogradación y la impenitencia. Hubiéramos deseado que otra fuera su conducta, para el mejor servicio de la Humanidad, la Patria y la Familia. Quisiéramos haberlo tenido de aliado y no de adversario en la lucha definitiva de la religión contra la irreligión. Pero parece que se ha dejado contaminar demasiado por el escepticismo reinante, y antes que incorporarse, por un esfuerzo de amor, en la fe altruista, preferirá, tal vez, hundirse en el desorden. Al paso que va, secundará, en efecto, la irreligiosidad primero que la Religión de la Humanidad. Sin embargo, quiero creer posible todavía la conversión del clero católico. No es dable que se ciegue irremisiblemente, no sepa reconocer la solemne gravedad de nuestra época, y se obstine en perturbar la regeneración final del linaje humano, siendo que debe favorecerla de todo corazón. Eso de decir, hemos sido católicos y no podemos ser positivistas, es tan inválida excusa que no merece consideración alguna. Si así hubiera razonado San Pablo se habría quedado judío. La verdadera moralidad no procede nunca de tal modo. En cualquier momento de la juventud, de la edad madura ó de la más extrema vejez que sea, en que toda alma virtuosa se persuade de que una doctrina es más apta que otra para guiar al género humano, verifica al punto el cambio de profesión de fe. Y las naturalezas sacerdotas-



les que hacen de maestros por su misión espiritual, han de ser muy solícitas para hallar la creencia más perfecta y conseguir enseñarla. No perdemos, pues, toda esperanza de que el clero católico, en vez de acabar reducido á demoroso obstáculo, se salve y renueve en la Religión de la Humanidad, de donde puede concurrir honrosamente á la santificación universal. Del catolicismo al positivismo no hay sino un paso, que es muy fácil de dar si se está poseído de altruismo y se anhela el bien de nuestra especie. Mas, ese paso se transforma en distancia inmensa y sin camino, para los míseramente ofuscados por el deseco egoísta de una eterna felicidad personal, á que no pudieren renunciar jamás por falta de abnegación y de verdadero amor.

Con todas imperfecciones que tuviera mi país, era sin embargo, uno de los mejor gobernados. El elemento militar se había subordinado por completo al elemento civil, y llevábamos más de treinta años de no interrumpida paz interna. Podíamos haber seguido desenvolviéndonos de ese modo hasta entrar con paso seguro en la sociocracia. Mas hubo un Congreso bastante ciego y desprovisto de patriotismo para abismarnos en la guerra civil, rompiendo así nuestra digna continuidad política. En vano se ha tratado de achacar el trastorno al Presidente de la República. No hizo él más que cumplir con su deber. Es el Congreso quien ha faltado al suyo. Le negó primero las contribuciones al Jefe del Estado, no porque éste hubiera fallido en nada ó se resistiese á alguna medida de utilidad social, sino por espíritu de inconstitucional y desordenado predominio parlamentario en la administración pública; lo depuso más tarde sin



formalidad siquiera, en un acta que se dió a luz anónima, y sin tener por lo demás facultad para ello, como que dicho Jefe no es juzgable, según la ley chilena, sino cuando haya terminado su período presidencial de cinco años; y proclamó, en fin, abiertamente la revolución con el auxilio de la Escuadra en fatídica insubordinación militar. Hasta entonces no había ningún cargo real de opresión ejercida por el Gobierno, que se esforzaba, al contrario, en favorecer el progreso del país bajo todos aspectos. La libertad de la prensa rayaba aún en monstruosa licencia. Diarios hubo que incitaban criminalmente al asesinato del Presidente de la República, con plena impunidad. Pero una vez que estalló la revolución, era preciso tratar de reprimirla, y lo que hizo á ese fin el Gobierno se calificó de tiranía. Juzgábanse sus actos como si hubiéramos estado en completa paz. Cuando después de ocho meses venció el Congreso al Presidente de la República, se ha imputado á éste las consecuencias necesarias de la revolución efectuada por aquél. Más todavía, á guiarse por lo que dicen los triunfadores, era de creer que la revolución sólo había comenzado al concluir, pues mediante ella, nos hallaríamos libres del estado de cosas creado precisamente por ella misma. Tan burdo paralogismo será deshecho por la propia conciencia de los revolucionarios, cuando el tiempo les haya calmado las odiosas pasiones que hoy los ofuscan lastimosamente. Por donde quiera que se mire á nuestra infausta revolución, lo cierto es que carece por completo de toda justificada razón de ser. El sólo hecho de que estallara era ya un retroceso nacional. Pero, sofocada, había sido menos perturbadora que triunfante. Si de mí

dependiera, yo arrancaría de la historia de mi patria, ese maldito suceso. En el camino hacia la Religión de la Humanidad, término sublime de la evolución de todos los pueblos, ha tomado Chile el año de 1891 un funesto desvío de que tardará en volver. Y es tal la perversión de criterio en los revolucionarios, que pudo atreverse uno de ellos á dar á la imprenta con la mayor publicidad, la insensata especie de que dicho año quedará como el más bello emblema de la unión de la familia chilena. Ni á modo de irrisión cabía escribir nada más hiriente sobre ese período nefando, en que la guerra civil ha llevado la discordia hasta el seno mismo de los hogares, dejando á mi patria inconocible, tan otra es de lo que era. La pretendida unión de los partidos antagónicos, ha sido sólo una alianza funesta y efímera, cimentada en el odio común al Gobierno que intentaban derribar. Cosa muy diversa es lo que aconsejamos con tiempo, en nuestra *Circular religiosa* de 6 de Descartes de 98 (13 de octubre de 1886), cuando decíamos: «Los bandos políticos deben fundirse en una cooperación armónica de todos los ciudadanos en el organismo social. Ni los conservadores ni los liberales en sus varios matices se hallan en la verdad, porque los elementos que tratan de representar exclusivamente, aquéllos el orden, éstos el progreso, son inseparables. En efecto, no cabe favorecer realmente el orden si se obstruye el progreso, ni es dable tampoco coadyuvar al progreso si se perturba el orden. Admirablemente consignado está eso en la luminosa fórmula positiva de que el progreso no es más que el desenvolvimiento del orden, la cual ha de ser guía indispensable de los que deseen concurrir al bien público.

Liberales y conservadores de noble índole tienen que fraternizar, pues, bajo el mismo principio fundamental. Y para ser del todo equitativos es menester que unos y otros dejen las denominaciones insuficientes y contrapuestas que llevan, adoptando, en su lugar, el título uniforme de positivistas. Por cierto que tal título obliga á consagrarse plenamente al servicio de la Familia, la Patria y la Humanidad. Mas esa es la verdadera misión de todas las almas honradas.»

Á los vencidos en nuestra guerra civil se les apoda de dictatoriales, imaginándose que así se les estigmatiza para siempre. Tal calificativo asusta á muchos y sólo es aceptado, fuera del positivismo, por una pequeña fracción del proletariado, que siente instintivamente que la dictadura favorece los intereses generales de la sociedad, al paso que el parlamentarismo los contraría. Cuando la cultura sociológica haya penetrado lo bastante en el proletariado para que éste constituya la gran mayoría consciente de la opinión pública, el régimen parlamentario desaparecerá enteramente de la vida política de las naciones. En su lugar habrá de imperar, no la tiranía que todo lo aniquila, sino la dictadura republicana que deja plena libertad espiritual, no consiente monopolios ni privilegios de ningún género, y es el más estable y el más social de los gobiernos. De unipersonal ella se transformará en triunviral, luego que las convicciones positivistas dominen por tranquila aceptación. El definitivo poder temporal ha de componerse, en efecto, según Augusto Comte, de tres gobernadores: del Interior, del Exterior y de Hacienda. Mientras se llega á esa situación normal, debe tenderse incesantemente a la dictadura presidencial

en contra del parlamentarismo, que es ahora el mayor obstáculo á la regeneración humana. En ese sentido se movía el señor don José Manuel Balmaceda, con verdadero instinto del porvenir. Le quedaban, es cierto, algunas preocupaciones metafísicas que no le permitían aun ir netamente hacia la sociocracia. Pero es indudable que estaba animado del más sincero y ardiente civismo, que era un leal caballero sin miedo, y que en su resistencia al Congreso alzado, tenía la íntima persuasión de que servía los verdaderos destinos de su país. Y aquí la razón lo acompañaba del todo, aunque sus adversarios salieran triunfantes. Ante el odio insaciable de sus vencedores, y creyendo que había concluído su vida pública, escribió con alta serenidad su noble testamento político, que corrobora y sella su intenso amor patrio, y deliberadamente puso, en seguida, fin á su existencia. Si él hubiera sido positivista no se habría supuesto autorizado para eso, pero aunque respetaba nuestra doctrina no era su adepto y tenía sobre el suicidio la idea errónea que los romanos, compartida por los filósofos del siglo XVIII, y hoy en pie todavía por estar en sus comienzos la religión sociológica que la rechaza decisivamente en nombre de la Humanidad. Pensó, pues, que podía matarse y que debía hacerlo aún á manera de sacrificio en provecho de su patria y de su partido, que quiso servir hasta con su muerte. Sin embargo, tal acto, si excusable en este caso singular, no es para imitarse, ni para idealizarse. Á ese respecto, todo lo que cabe decir de nuestro desgraciado é ilustre presidente es que su suicidio desaparece bajo su patriotismo. Su último voto fué la felicidad de Chile, á quien el amó por sobre todas las cosas y se desvivió

por enaltecerlo, inmortalizándose con esto cívicamente.

Si ese gran ciudadano ha sido vencido por la revolución, la idea política que él defendiera no podrá menos de resucitar vigorosa, después de un ensayo de parlamentarismo que, á llevarse á efecto, desengañará de tal régimen hasta á los más cegados. Es probable que ni se le ponga realmente en práctica, y así lo hemos aconsejado, pues muchos de los que han concurrido á la revolución son, en el fondo, dictatoriales y no parlamentarios, habiendo ido, como ya lo advertimos, sólo contra la persona del presidente por injusto apasionamiento y no contra el régimen presidencial. Uno de ellos tenía intentado aún, desde antes de la revolución, público y hábil proceso al régimen parlamentario, en un notable estudio político que hace palpar los viciosos resortes de ese mecanismo fatalmente enervante y corruptor. Sólo el partido retrógrado adhería á él, pero más como un medio de subir al poder, de donde bajara hacía largo tiempo. Gobernar parlamentariamente es hoy, á la verdad, una aberración. En la misma Inglaterra donde surgió ese régimen de índole esencialmente aristocrático, se encuentra ya en pugna con las tendencias sociocráticas modernas y no tardará en extinguirse. La Francia que se lo aplicara á sí propia, olvidándose de su pasado y de su porvenir, se halla por eso paralizada en su misión universal y da solo malos ejemplos. Ahora bien, no es digno de una nación sensata el plagiar los errores políticos de otras naciones por grandes que ellas sean. Chile debe pues volver á su tradición gubernamental de que lo ha desviado la revolución parlamentaria. Es preciso reinstalar el espíritu que encarnaba el presidente caído. Con el



triunfo de la insurrección ha recibido un gran golpe la primera magistratura del país, pues más que el hombre es la función lo que ha sido derribado. Para remediar en lo posible esa enorme aberración, hay que reaccionar enérgicamente contra la corriente malsana que produjo el cataclismo. Personas de gran influjo contribuyeron desatentadamente á la obra desquiciadora de la patria, incitando con feroz violencia á la más absoluta irrespetuosidad contra el Jefe del Estado. La oposición sistemática que no guarda miramiento alguno, ni lleva aspiraciones generosas y sólo tiende, en su egoísmo, á demoler reputaciones y á suplantar hombres, aunque se hunda el país, formaba la escuela política dominante. Se quería abolir, por decirlo así, todo gobierno. El espíritu de anarquía se apoderó en fin, de una gran parte del patriciado, de donde ha salido especialmente la revolución. ¡Qué funesto precedente para las demandas del proletariado! Cuando todo aconseja hoy que se proceda siempre pacíficamente y por evolución, para predisponer á resolver de ese modo la trascendental cuestión social que se impone más cada día, viene á implantarse en Chile la revolución bajo pretexto absurdo y falso, por los que debieran conducir en vez de extraviar.

No hallo excusa para el anarquismo de nuestro patriciado. Con tanto más motivo le reprocho su perniciosa conducta, que implica en él suma decadencia, y á fin de que se regenere, cuanto que no economicé mis censuras al proletariado en cierta falta de éste algún tiempo antes de la revolución. Los deberes obligan á todos. Y sobre los patricios pesa mayor responsabilidad que sobre los proletarios, como que aquéllos dirigen y éstos siguen.

¿Qué ventaja se debe á la revolución, emprendida en hora nefasta? La libertad electoral se dice. Mas ello revela un completo desconocimiento de la sociología. En efecto, sólo por reforma gradual de las costumbres políticas, puede obtenerse lo que propiamente debe llamarse moralidad electoral y nó libertad electoral. Imaginarse que se ha conseguido eso violentamente, es ver las cosas al revés de lo que son. La gran pantomima electoral llevada á cabo vanagloriosamente por los triunfadores no engañará á ningún espíritu imparcial. Pero aun cuando esa evidente ficción política, fuera una realidad, estarían muy lejos de quedar compensados los males con que se la obtuvo. No son las elecciones lo que constituye el verdadero gobierno de los pueblos. Es sí el buen desempeño de la administración del Estado. De eso se olvidó enteramente el Congreso fautor de la desgracia de Chile. Se lo pasaba en acriminaciones al Presidente de la República, no porque éste administrara mal, pues no pudo imputarle algo siquiera efectivo, sino porque se suponía insinceramente, para supeditarlo y anularlo con un ministerio parlamentario forzado y prepotente, que iba á intervenir, atropellándolo todo, en la designación de su sucesor en la jefatura del país. Con esa inmoral actitud que la opinión pública, todavía inconsciente, no supo reprimir, el Congreso fué á parar al cabo en la revolución. Y es indudable que ésta sólo ha ocasionado daños innúmeros, sin el menor beneficio. En verdad, la sangre, los latrocinios, los rencores, la miseria, todos los males en fin que abortó la revolución, están completamente aislados de cualquiera utilidad real que sirviese á conlleválos de algún modo. Así como nuestra última



guerra internacional nos dejó menos cultos de lo que éramos, nuestra última guerra civil nos ha hecho desandar más aun en la senda del progreso. ¡Cuán desolador me es verte, patria mía, tan extraviada como estás ahora, cubiertos tus ojos de tenebrosa venda y privados tus hombros de las alas del ideal! Pero, á pesar de eso, no desespero de tu destino y creo que ha de llegar con seguridad el día en que, noblemente transformada, te pongas en marcha con luminosa visión y poderoso vuelo hacia la fe altruista. Ella será tu suprema aspiración y tu eterno guía. Ya entonces no te dejarás arrastrar nunca á la guerra civil ni á la guerra internacional, doble calamidad que no hace sino alejar de la sociocracia universal, accesible sólo mediante la evolución pacífica y convergente de todos los pueblos. De tus sombras actuales me consuelan pues tus futuros resplandores. Si miro con dolorido tu desgarrada imagen del presente, me plazco en cambio con tu hermosa imagen del porvenir. Lejos de mi ánimo el ser te irrespetuoso, pero quiero venerarte enteramente libre de las tachas que hoy te desfigurán y radiante de gloria en la venturosa condición que te deseo y te anuncio. Estas severas advertencias no son, en efecto, más que la voz amiga de quien se atreve á desagradarte momentáneamente por servirte para siempre en la Humanidad.

Tal vez me he detenido mucho, señora Cabello, en estos penosos recuerdos de mi patria, al escribirle á usted sobre la fe altruista. Es que deseaba hacer oír la condena positivista de la revolución á mis conciudadanos. Lo que llevo dicho hasta aquí, se dirige por tanto á Chile. Sin embargo, no lo creo inoportuno para el Perú.

En la patria de usted se ha simpatizado con la revolución de la mía, y quizá usted misma ha visto en ella un movimiento progresista. Si así fuese, y aun conservara esa idea, sería por fascinación de la distancia. También es posible que adhiera usted al régimen parlamentario y rechace el régimen presidencial. No me extrañaría, por otra parte, que la palabra dictadura, aunque con el calificativo de republicana, le sonase todavía desapaciblemente. Bien entendido, que la dictadura á que me refiero es la que funciona en medio de la paz y no la que en medio de la guerra. Esta última dictadura no surgió en Chile sino por culpa de la revolución y sólo desde que ella estalló. Y me parece increíble que gobierno alguno la haya ejercido con menos opresión, dadas las graves circunstancias envolventes, que el vencido en la funesta discordia interna de mi país. Cabe decir que, en cierto modo, su relativa lenidad con sus implacables é inescrupulosos adversarios dió el triunfo á éstos. Blasfemamente se apellida de santa por los vencedores á una revolución que ha sido en realidad infernal, como obra del odio y no del amor. La revolución inglesa y la revolución francesa, en medio de los males que las acompañaron, tuvieron su razón de ser en grandes aspiraciones de progreso social; mas eso no basta, sin embargo, para titularlas de santas, porque la verdadera santidad procede por persuasión y nó por violencia. En cuanto á nuestra insensata crisis, ella carece de conatos regeneradores con qué justificarse siquiera, cuanto menos equipararse á esas dos eminentes jornadas históricas, presidida la una por Cromwel y la otra por Danton, y que movieron el Occidente, con más intensidad la segunda, que venía ya

impulsada por la primera, en busca de una fe universal. Pero considerando ahora la dictadura republicana, que es la clase de gobierno preconizada por Augusto Comte, nada tiene que ver ella con el despotismo. En desechar la tiranía, los positivistas somos los primeros de todos. Mas queremos la verdadera libertad, esto es, el imperio de las condiciones que permitan el mejor desarrollo del género humano. Por eso pedimos la separación de la Iglesia y el Estado; por eso, la instalación de la dictadura republicana en que el jefe del país asume el pleno desempeño de las funciones temporales, sin intervenir absolutamente en las funciones espirituales; y por eso, la abolición del régimen parlamentario, que es una tiranía pedantocrática en que cada miembro del Congreso forma una especie de papa-rey, y todos juntos constituyen el peor de los déspotas, porque se creen dueños de pisotear la moral y nadie puede impunemente degradarse tanto, ni olvidarse más de servir como es debido á la patria y la Humanidad. En vez de ese cuerpo hondamente perturbador de toda buena administración y obstáculo nato para la regeneración social, ha de haber sólo una asamblea financiera que se ocupe cada tres años en examinar los gastos nacionales, lo que basta para fiscalizar al gobierno sin perturbarlo. Extirpada de ese modo la continua é inmoral obstrucción parlamentaria que todo lo enerva y falsea, el jefe del Estado se hallará en contacto directo con la opinión pública, y regirá al país teniendo siempre en vista el interés general, ya cuando legisle, ya cuando presida á los diversos servicios civiles de los que se comprende bajo las anticuadas denominaciones de poder ejecutivo y poder judicial. Á los tres

poderes definidos por Aristóteles, suceden ahora los dos poderes sistematizados por Augusto Comte. Los provisionales, el legislativo, el ejecutivo y el judicial, se disuelven, en efecto, sociológicamente ante los normales, el espiritual y el temporal, de cuya convergencia en la Humanidad depende el feliz destino de todos los pueblos.

Las guerras internacionales son más perniciosas, si cabe, que las guerras civiles al progreso de nuestra especie. Después de estas últimas, la armonía vuelve, generalmente, en breve, á causa del amor á la misma patria que hermana al fin á los que fueron adversarios. Mas, después de las otras, sólo el amor á la Humanidad es capaz de producir una pacificación análoga de pueblo á pueblo. Por desgracia ese excelso sentimiento no ejerce aun el poder que tendrá bajo la fe altruista, de borrar la memoria de las discordias pasadas é impedir las nuevas. Así para citar el caso más importante, la guerra franco-prusiana, con ser que terminó hace veinte años, influye todavía fatalmente en la nación francesa. Ésta no duerme por desquitarse y extravía su vitalidad en organizarse militarmente. Ni faltan positivistas que desdigan de su doctrina por no saber arrostrar las preocupaciones reinantes de un patriotismo erróneo. A otro objeto que el egoísta de recobrar glorias guerreras debe tender la Francia. Su verdadera misión es presidir á la regeneración universal. París resume á ese gran pueblo y está llamado á guiarlo, como á los demás de Occidente y del mundo entero. Semejante honra excepcional lleva consigo muy arduas obligaciones. Incesantemente ha de trabajar París por identificarse con la Religión de la Humanidad y llegar á ser, sobreponiéndose á todo excepti-

cismo, á todo resentimiento internacional, y á todo anhelo de predominio guerrero, un foco santificante de moralidad altruista. Dicha ciudad tiene que merecer el nombre de la ciudad religiosa por excelencia. Fué en su seno donde elaboró Augusto Comte la fe universal, y el mismo nos declara que sólo allí pudo ella haber surgido, porque en parte alguna vibran con tanta intensidad las aspiraciones de regeneración social. El soplo vivificante de la Humanidad pasa por París con toda su vehemencia. Cediendo á ese sagrado impulso, los habitantes de la gran ciudad debieran ya elevarse al Positivismo. Sólo mediante esta doctrina suprema, cuya interpretación principal incumbe á París, es realizable la firme armonía de las naciones. Con los congresos en favor de la paz, celebrados á largos intervalos, ya en una ciudad, ya en otra, se manifiestan ideas generosas, pero nada se obtiene, porque la carencia de uniformidad en la religión, no permite á las fuerzas morales que allí se asocian pasajeramente, obrar de una manera continua y sistemática desde los diversos países concurrentes. Hay en ello, pues, más deseos que propósitos. Sin embargo, esas nobles disposiciones son gérmenes utilizables para la verdadera comunión de los pueblos en la fe altruista.

La antigua opinión, que cuenta todavía con muchas adhesiones, de que para mantener la paz es necesario pensar en la guerra, no hace más que fomentar el increíble y abrumador estado militar en que se halla la Europa. Custodiar la paz con hábitos guerreros es hoy tan anacrónico como reprobable. Una inquieta suspicacia, un malestar profundo y una alarmante incertidumbre de lo que va á suceder el día siguiente, constituyen, en la actualidad, la



deplorable existencia de las grandes naciones occidentales. Por la misma gigantesca condición ofensiva y defensiva en que ellas se encuentran, los rumores de guerra se engendran de nada y su posibilidad es innegable. Tanto se preparan y se ensayan los pueblos militarmente, tanto se nutren los cerebros de próximos combates y se incitan de continuo á la pelea, tan cargado está, en una palabra, el ambiente internacional de elementos explosivos, que bastaría una chispa para producir una conflagración general. Se vive, pues, en una paz ficticia con amenaza inminente de guerra. Esa pretendida concordia no es más que la frágil obra del temor que se infunden recíprocamente las naciones, y causa un enorme desperdicio de fuerzas espirituales y materiales en una destinación antisocial, y lo que todavía es más grave, aleja los ánimos, en cada país, de la regeneración interior con la idea del peligro que se sospecha venir del exterior. De tan funesta é inmoral situación sólo puede salir la Europa por influjo de París. Cuando esta gran ciudad tome la augusta actitud que le corresponde y desarme á la Francia en nombre de la Religión de la Humanidad, las demás naciones se verán obligadas á seguir ese alto ejemplo. Al espíritu de guerra sucederá entonces el espíritu de paz. La innoble concordia del temor que hoy nos oprime, será reemplazada por la honrosa concordia del amor, bajo la cual viviremos en plena expansión de proyectos siempre benéficos. París vuelto religioso es invencible. Todo se someterá á su santo imperio. Ninguna nación pensará en esa ciudad gloriosamente transformada, sino en respetuoso afecto y para guiarse por ella en la fe altruista. Error profundo es creer que París necesita

defenderse. Si él ataca puede llegar ese caso. Pero de lo contrario es imposible. El París no amado, el París temido, es el París que quiere predominar guerreramente, el París, en fin, que se olvida por completo de su misión redentora del género humano. Esa ciudad está predestinada á ser la metrópoli espiritual del planeta. Cuanto haga en ese sentido, lejos de tropezar con obstáculos ó producir celos, encontrará bienvenida y ayuda en todas partes. Es tan propio de París su oficio regenerador de toda nuestra especie, que muchas almas de los distintos pueblos aguardan espontáneamente que brote de allí la luz salvadora. Y los que sabemos que ya hace años ha sido fundada en esa gran ciudad la verdadera doctrina universal, nos impacientamos de que todavía no la profese de lleno y alumbre con ella la Tierra. Aunque ciudadanos de nuestras respectivas patrias, los positivistas somos, además, religiosamente, ciudadanos de París, y como tales, pedimos ansiosos que se eleve, en sublime arranque, á su destino altruista de servidora predilecta de la Humanidad, que sea, en una palabra, la ciudad única, la ciudad santa, la ciudad planetaria que debe ser.

Hay quienes creen que la guerra es una necesidad social y una fuente de perfeccionamiento para nuestra especie. La ocasión de ese gravísimo error debe de hallarse en el hecho incontestable de que los orígenes de la civilización han sido militares. Pero si ello es evidente, no lo es menos que á la civilización militar sucede la industrial y que el estado definitivo del género humano será la paz y nó la guerra. Con la Roma antigua se cierra, por decirlo así, el régimen armado de oficio benéfico, que se simboliza particularmente en el inmortal Cé-



sar, tan abominado por la metafísica revolucionaria, que endiosa, por el contrario, á sus infames asesinos. Este magnánimo é incomparable hombre de Estado trataba de hacer un solo pueblo de todas las naciones. Quería que las armas romanas impusieran la paz al mundo entero. Tal es el concepto más alto que surgió de la civilización militar. Puede decirse que el pensamiento político del gran César fué transformado en pensamiento religioso por el sublime San Pablo. Á la Roma imperial sucede la Roma católica. De la unión material se pasa á la unión moral. La fe reemplaza á la fuerza. Aunque la guerra subsiste en la edad media, ella reviste allí un carácter más defensivo que ofensivo. Ya no hay nación que pretenda regir á todas las demás. Se mantienen independientes bajo el aspecto político, pero unidas religiosamente en la misma Iglesia. El poder espiritual se separa así del poder temporal y logra mucha mayor elevación, puesto que abarca la moralidad universal, en tanto que el otro no comprende más que el orden material de cada país. Mas ese estado de cosas constituía sólo un programa de la situación final de nuestra especie. No le era dado, en efecto, tener verdadera consistencia por basarse en una doctrina teológica. Ésta es minada primero por el protestantismo, después por el deísmo sin revelación, y en fin, por la plena emancipación de todo sobrenaturalismo. La Iglesia queda entonces socialmente aniquilada. Para reconstituirla era indispensable que la exhausta fe sobrenatural fuera sustituida por una fe demostrable. Los elementos de ésta se habían ido formando á través de los siglos, con el desarrollo de la matemática, la astronomía, la física, la química, la bio-

logía. Aparece en fin Augusto Comte, el maestro soberano, que coordina y sistematiza esas cinco ciencias, y funda por sí mismo la sociología, que completa luego con la moral. De ahí extrae en seguida, la Religión de la Humanidad, con lo cual se halla irrevocablemente instituida la fe positiva. La Iglesia derruida se levanta pues de nuevo y sobre cimientos incommovibles. En vez de los deberes para con Dios que imperaron en el pasado, tenemos ahora los deberes para con la Humanidad. Atentan contra este nuestro verdadero Sér Supremo los que sostienen que la guerra es todavía necesaria y civilizadora. Si en los primeros pasos del género humano fué ella indispensable para cultivar el civismo y consolidar la patria, se opone al presente á que se junten las naciones en la misma cooperación terrestre. La paz universal, lejos de ser enervante, producirá la más benéfica existencia. El valor guerrero, que si anda con amor, anda también con odio, se convertirá en vigorosa actividad altruista, puesto que ya no habrá patria contra patria, sino que todas estarán hermanadas bajo una Iglesia eterna. Vivir en medio de la paz no es ciertamente vivir en la ociosidad, sino en una labor siempre benéfica á nuestros semejantes. Nada se hará pues para dañar á los hombres, sino para favorecerlos. Donde quiera que asome el espíritu de discordia se verá combatido por el espíritu de concordia. Y los más valientes y meritorios servidores de la Humanidad, serán los que más se esfuercen en esa tarea sagrada, previniendo y sofocando sin cesar los egoismos personales, domésticos y nacionales.

La Religión de la Humanidad viene á incorporar de

una manera digna y justa al proletariado en la sociedad, donde aún sólo se halla acampado, según la significativa expresión de Augusto Comte. Tal incorporación supone que cada proletario pueda gozar plenamente de la vida doméstica, de modo que sean ellos los hombres más felices. Eso no implica ciertamente la abolición del patriciado, mas sí el que se moralice. El comunismo es una solución errónea de una aspiración legítima del proletariado á mejorar de condición material. No cabe dudar de este aserto positivista, que la riqueza es social en su origen y debe serlo en su destinación. Pero el patriciado no es menos necesario que el proletariado, en fuerza de condiciones ineludibles de la sociedad. El orden industrial requiere de dirección y de ejecución que han de corresponder naturalmente, aquélla á los patricios, y á los proletarios ésta. Los capitalistas son pues indispensables, pero no más que como depositarios y administradores de la riqueza que es de todos. Con el influjo progresivo de la Religión de la Humanidad, han de ir desapareciendo los ricos parásitos, quedando únicamente los patricios industriales, que se perfeccionarán cada vez más en sus funciones públicas. El deber de todo rico es dar una destinación socialmente útil al capital que posea, y velar por la suerte de los proletarios que sirvan en la empresa que dirija. Lejos de aborrecer el trabajo ha de buscársele. Si para el teologismo era una maldición, el positivismo lo mira como la fuente del engrandecimiento moral, intelectual y material de nuestra especie. Sociológicamente la condición propia del trabajo es la gratuidad, pues todos los hombres son servidores obligados de la Humanidad, en cuyo seno se entremezclan las infi-

nitias cosas que hacen. Para con ella sólo se tienen deberes y nó derechos. Sin embargo, la situación de cada individuo ha de estar exenta de miseria. Hasta las más modestas labores del proletariado constituyen verdaderas funciones públicas que merecen toda estimación. Y las hay tan útiles para la sociedad como peligrosas para los que las ejercen. La misión de los proletarios debe ser enaltecida. Ellos constituyen la providencia general del mundo. Se ha de tener á honor el formar en sus filas. Redúzcaseles sus horas de trabajo, de modo que no se dañe su salud y les quede tiempo para la vida del hogar y las fiestas religiosas. Que su salario sea bastante para el debido sustento de la familia. Emancipadas de todo trabajo exterior, la madre, la esposa, la hermana, la hija, han de ser los guardianes morales de la casa proletaria. Allí brillarán de preferencia las virtudes domésticas de la mujer, y residirá la mayor felicidad humana, no turbada por las inquietudes y responsabilidades que persiguen á los directores espirituales y temporales. Incumbe al Estado tomar la iniciativa y dar el ejemplo de la manera cómo ha de conducirse el patriciado para con el proletariado, á fin de que éste sea realmente incorporado en la sociedad y salga de la condición precaria é injusta en que hoy se encuentra. Ya no hay esclavitud, pero hay insuficiencia para vivir, y es preciso remediarla. Los gobiernos deben, pues, socializarse y cuidar solícitamente de los proletarios que ocupen en los diversos servicios de su dependencia. Sean ellos así el guía y modelo de todos los patricios. El proletariado constituirá siempre la inmensa mayoría de los hombres y es necesario facilitar la existencia y glorificar el destino de

esos abnegados obreros de la Humanidad, que realizan una tarea tan continua y universal como indispensable y bienhechora.

Anexa á la cuestión proletaria y envuelta, por decirlo así, en ella, se halla la cuestión femenina que es resuelta también satisfactoriamente por la Religión de la Humanidad. Para esta doctrina la misión propia de la mujer está en el hogar, como ya lo hemos insinuado más arriba. Eso no impide que se ejerciten las decididas vocaciones excepcionales. Mas, en regla general, el destino de la mujer es otro que el del hombre, aunque convergente. Las tendencias actuales á identificarlas constituyen un gravísimo error que si llegara á prevalecer redundaría en perjuicio de la sociedad. Se apocaría entonces el altruismo de la mujer, y desprovista ella de su prestigio afectuoso, abandonaría su función sagrada de purificar el mundo. Su verdadera emancipación no consiste de ningún modo en desempeñar los mismos oficios que el hombre, sino en que participe de las condiciones de vida que le dejen ejercer ampliamente sus preciosas atribuciones de providencia moral. Tanto los trabajos teóricos como los trabajos prácticos tienden inevitablemente á secar el corazón. De ellos ha de estar pues libre el sexo femenino, para que sea fuente santificante en que sacerdotes, patricios y proletarios se repongan de sus labores públicas. Es axioma sociológico, proclamado por el Positivismo, que el hombre debe alimentar á la mujer. Cuando falten el padre, el esposo y el hijo, tal obligación corresponde al Estado que es el representante material de la sociedad, como la Iglesia es su representante espiritual. Actualmente se verifica eso de un modo espontáneo, respecto



de las viudas y huérfanos de los que se mira como servidores nacionales, si bien se lo tiene erróneamente por simple gracia y no por deber. Bajo el individualismo hoy imperante en medio de la deplorable ausencia de verdaderas convicciones sociales, se cree que solo existen derechos ó se hacen favores. Pero lo cierto es que no hay sino deberes, los que se cumplen ó dejan de cumplirse. Todos ellos se cimentan eternamente en el amor á la Humanidad. Ese supremo afecto los inspira, los regla y da el deseo y la fuerza de practicarlos. Si no arde luminoso, comienzan las infracciones morales, ya públicas ó privadas y más ó menos graves. Ahora, insistiendo de nuevo en que, para el buen orden social, las funciones de la mujer han de ser distintas que las del hombre, advertiremos sí, que deben en cambio uniformarse ambos sexos en la misma educación positivista, es decir, en el mismo amor, la misma fé, y la misma esperanza en la Humanidad. Una vez realizada esa identificación religiosa, se instalará la armonía en los hogares, de donde se extenderá á las ciudades, hasta comprender, en fin, todo el planeta.

La Religión de la Humanidad necesita del concurso apostólico de la mujer para ser persuadida á las mujeres. Augusto Comte creía que Clotilde de Vaux habría efectuado esa labor sagrada si no hubiera muerto prematuramente. Y, en verdad, la mujer selecta é incomparable que le inspiró al Maestro la fe altruista estaba hecha para propagarla. Con poseer Clotilde en grado eminente las mejores cualidades de su sexo, tenía también irresistible vocación para sembrar ideas por la imprenta. Lo que alcanzó á escribir demuestra lo que podría haber escrito si

hubiera vivido más tiempo. Pero no por eso deja de ser inmensa su gloria. El nombre de Clotilde de Vaux se halla indisolublemente asociado al de Augusto Comte en el más santo y benéfico de los amores. No es esto sólo apreciación de positivistas. Fuera de nuestro campo ya se ha visto á un escritor bastante justo para reconocer ante la correspondencia epistolar de Clotilde y Comte, y las Confesiones anuales de este último, que la historia no presenta ningún amor tan grande como el que allí resplandece. El de Dante por Beatriz, que le hizo construir su inmortal poema, no lo alcanza ni en trascendencia ni en sublimidad. Todo palidece ante el amor de Comte por Clotilde, que la adoró en vida y en muerte, se identificó con ella en purísima y creciente efusión, le rindió venerando culto y edificó bajo su divino recuerdo la Religión de la Humanidad, que abolirá la guerra, la miseria, la enfermedad y hará triunfar la virtud y la felicidad en la Tierra. De verdaderos amadores es seguir las huellas de Augusto Comte, y amar á la mujer como él la amó. Hay que unirse á ella santamente en la Humanidad. Y como los hombres deben imitar á Comte, las mujeres á Clotilde. Esta nunca turbó al maestro en su misión social, sino que por el contrario fué siempre su afectuosa cooperadora, su ángel de la guarda, su diosa tutelar. Por eso Augusto Comte hubo de ver á la Humanidad en la forma de Clotilde é hizo votos porque así se la simbolizara. Ya empieza á cumplirse su anhelo. Le cabe al Brasil la honra del primer paso. En la imagen de la Humanidad que preside la capilla positivista de Rio Janeiro, brilla radiosa la fisonomía de Clotilde de Vaux. Y no hay mujer tan acreedora á esa



excelsa representación. Merced á Clotilde nos reveló Augusto Comte á la santísima y adorable Humanidad, y como este verdadero Gran Ser no puede menos de revestir en su condición de Madre Suprema, aspecto femenino, es natural que Clotilde deba personificarla de preferencia y eternamente.

La misión de persuadir la fe altruista al sexo amante que Clotilde de Vaux no pudo cumplir por su temprana muerte, corresponderá, según el Maestro á alguna mujer española. Más en esta referencia, la España no es considerada geográfica, sino sociológicamente, es decir que abarca el doble elemento ibérico y su expansión colonial, transformada casi toda en tantas repúblicas independientes. Hasta ahora no aparece aun el esperado é indispensable apóstol femenino de la Religión de la Humanidad. No han faltado, por cierto, adeptas y las hay beneméritas y santas. Para no hablar sino de las que ya sólo existen subjetivamente, citaremos en particular á dos, Eloisa Guimaraens de Cordeiro, ferviente convertida del señor Texeira Mendes, la que dejó un doloroso vacío en la iglesia altruista del Brasil; y Elvira Carvalho de Oliveira, cuyo último acto al entregar su alma á la Humanidad, fueron estas palabras dirigidas al señor Miguel Lemos, «haced de mi hijo un buen positivista». No obstante ese precioso concurso, la ayuda de una pluma femenina es muy necesaria en estos momentos para que la fe universal penetre de lleno entre las mujeres. Pero tal cooperación ha de ser espontánea, es decir que debe prestarlo quien se sienta con marcados impulsos al apostolado escrito y esté poseída de religiosidad altruista, para que le brote del alma la palabra luminosa

que persuada y convierta. Una mujer que defienda así la Religión de la Humanidad, librerá á las mujeres del teologismo que hoy las paraliza moralmente, y las elevará á su glorioso destino normal. Como ya lo hemos dicho y conviene repetirlo, el Positivismo, lejos de dislocarlas en funciones inadecuadas, las conserva en la vida doméstica, pero con intensa reacción pública, las rodea de acatamiento y les hace, en fin, una situación que les consienta desplegar todo su influjo santificante en la sociedad. La mujer es mucho mas propensa que el hombre al altruismo, y no hay que contrariarle de ningún modo esa noble disposición, mas sí, por el contrario, fomentársela y garantírsela religiosamente. Del sexo amante debe fluir sin cesar la bendita inspiración que purifique y enaltezca las almas y cree el verdadero progreso de nuestra especie basado siempre en el orden. Han de conseguir, sobre todo, las mujeres con su abnegado corazón que se aprenda á mirar la muerte, no ya con espíritu teológico, sino con espíritu sociológico. Dejará entonces de morirse, como se acostumbra todavía, en el seno de Dios, para morir sólo en el seno de la Humanidad. La positiva existencia social es formada no tanto por la solidaridad que obra á través del espacio, como por la continuidad que obra á través del tiempo. Mientras mas generaciones se suceden, mayor es la cooperación del pasado que la del presente en cada labor humana.

La verdadera condición de los vivos es trabajar por sus descendientes bajo el influjo de sus ascendientes. El porvenir es producto del pasado por medio del presente. Estos tres elementos se juntan en la Humanidad que todo lo domina. De ella nacemos y en ella vivimos y morimos.

Recuerdos, esperanzas y acciones deben concentrarse allí exclusivamente. Así, por ejemplo, la madre que pierda á un hijo en su infancia, sentirá que no haya podido ser el buen servidor social que ella habría tratado de formar y lo llorará en la Humanidad; la esposa que pierda á un digno compañero, guardará tiernamente su memoria en la Humanidad, y llevará su viudez como si lo viera a su lado más perfecto aun de lo que era; la hija que pierda á nobles padres, se reconocerá siempre bajo su amparo, les rendirá piadoso culto en la Humanidad y modelará su vida por la virtuosa enseñanza que recibió de ellos, haciendo todo lo que pudiera complacerlos, cual si estuvieran mirándola. Y esto que decimos de la mujer, se aplica por la inversa al hombre. Pero de todas las condiciones la que merece más veneración, es la maternal. Cuando debidamente cumplida, nada más fructífero. Todo hombre bueno es producto de una santa madre. La esposa y la hija completan la obra de aquélla, y mejor trabajan cuanto más maternalmente proceden. En el antiguo misterio teológico sobre la maternidad virginal, hay una excelsa intención moral. La esposa debe ser, en verdad, por la plenitud de sus afectos, como si fuera á la vez esposa madre é hija respecto del esposo. De ahí que el matrimonio sea el más completo de los lazos humanos y el resumen de todos ellos. Su tipo ideal es, por otra parte, la unión casta. La Virgen Madre, que fué un misterio teológico y es ahora una utopía positiva, constituirá siempre en la fe altruista el supremo desiderátum de la moralidad humana. Bajo esa forma sublimada se torna la mujer en verdadera imagen de la Humanidad. Este Gran Sér es una Virgen Madre de todos

sus hijos, puesto que los engendra santamente en su condición de seres sociales. Si declinan al egoísmo los levanta al altruismo. Aun en los momentos más difíciles de la historia, cuando la desorganización es muy profunda, se hace oír la voz de la Humanidad que viene á calmar la tempestad y á descubrir la senda salvadora. Eso se ha interpretado largo tiempo sobrenaturalmente, y se creía el soplo de Dios. Mas este supuesto sér ya cumplió su indispensable destino transitorio, y su concepto imaginario tiene que disiparse ante el concepto real de la Humanidad, que sobre poseer él sólo positividad, aventaja todavía al otro en que es más social, más moral, más religioso, en una palabra. Como lo ha dicho Augusto Comte, refiriéndolo todo á la Humanidad, se hace mucho más completa y estable la unidad que esforzándose por referirlo todo á Dios.

Creo, señora Cabello, que está usted llamada á salvar innumerables almas, sobre todo entre el sexo amante, con la Religión de la Humanidad. Es usted de índole realmente apostólica, se halla penetrada de hondo entusiasmo por el perfeccionamiento social, tiene la mente alta, la voluntad enérgica, y posee una pluma elocuentísima. Pertenece usted además á la generosa nación peruana que está designada por sus antecedentes para sobresalir en la fe altruista. De todas las poblaciones que encontraron los españoles en América, ninguna tan avanzada como la de los Incas. Tal era su extraordinaria moralidad que arrancó elogios á los mismos conquistadores, á pesar de sus exclusivistas prevenciones católicas. Si esa maravillosa feticocracia fué desgraciadamente troncada en su desarrollo por la usurpadora invasión, algu-

nos de sus elementos entraron, sin embargo, en el coloniaje é influyeron en que el virreinato del Perú formara la parte selecta del continente. El tipo más puro del catolicismo en América, es Santa Rosa de Lima, que brotó en esa ciudad como exquisito fruto de bendición. Nuestro Francisco Bilbao con no ser católico, ha sido, á través del tiempo, su ferviente admirador. Y cuán elevada naturaleza era este ilustre chileno. Por la gran pureza de su corazón, por su entrañable amor al proletariado, por su espontáneo alejamiento de la cuestión política y su decidido apego á la cuestión social, por su ardiente y continuo pensar en la regeneración de nuestra especie, por su profundo anhelo, en fin, de una incommovible y santificante doctrina universal, estaba intensamente pre-dispuesto Bilbao para la Religión de la Humanidad. Si él hubiera vivido más años ó nacido más tarde, habría sido indudablemente un luminoso apóstol positivista. Volviendo al Perú, después de este grato recuerdo chileno, vemos que transcurrido como medio siglo desde la transformación de las colonias en naciones independientes, es también en ese mismo país donde primero toma cuerpo el sentimiento de la confraternidad americana en un memorable congreso celebrado á ese efecto. La noble patria de V., señora Cabello, es pues muy digna de entrar en la Religión de la Humanidad. Mientras más benévolo, mejor pueden practicar los pueblos esa sublime doctrina. Cuando el Perú la conozca bien, ha de alzarse con ella santamente. Yo espero para entonces una saludable reacción en mi propia patria, que sufre ahora de gran sordera moral. Mediante la Religión de la Humanidad se efectuará la verdadera reconciliación de nues-



tras dos naciones. El Perú y Chile tornarán á ser más hermanos que lo fuerón, sin que llegue á romperse jamás su nueva y consciente armonía. Unión análoga ha de enlazarnos con las demás naciones de la América española y con la América inglesa. Pero eso dista mucho de ser suficiente, y si no abarcara más nuestra confraternidad, estaría manchada de egoísmo. Los países de América se han formado de expansiones coloniales de España é Inglaterra, y deben mantenerse en comunión moral con esas dos metrópolis. Á la Francia, donde surgió la fe altruista, le corresponde, á su vez, un lugar excelso é indisputable en ese consorcio. Italia y Alemania, que completan la Occidentalidad, propiamente dicha, han de ser también nuestras hermanas. Ello no basta aun, y es preciso que en nuestra confraternidad entren todas las naciones de la Tierra. Nunca se debe trabajar odiando, por cualquier lado que sea, pero sí amando siempre. La Religión de la Humanidad no consiente divisiones de discordia, sino divisiones de cooperación que acrecienten la labor común á toda nuestra especie y favorezcan la felicidad universal.

Si llega usted, señora Cabello, á defender abiertamente con su brillante pluma la fe altruista, como todo me lo hace presumir y me complazco en esperarlo, realizará una obra tan indispensable como bendita y gloriosa. No diré que ha de encontrar completamente expedito el camino de su apostolado positivista, pero usted sabrá superar los obstáculos presentando cada vez con mayor lucidez el espíritu santificante de la verdadera doctrina redentora de nuestra especie. En los mismos contratiempos puede cobrarse también más vigor y dig-



nidad. De encontrarse sin salida se da en ocasiones con una mejor ruta. La debilidad se convierte en fortaleza si se hace labor altruista. Vencido repetidamente se triunfa al fin. Mas, V. señora Cabello, interpretando con su ardorosa palabra la Religión de la Humanidad, tal vez ha de hallar luego decidida y entusiasta adhesión de parte del elemento femenino. Para mí no es creíble que dejen de oírle á V. las mujeres, cuando vean que es una mujer quien las llama á que pasen de una fe teológica ya agotada á una fe positiva de eterna vitalidad, en donde se les abre un destino mucho más benéfico y honroso que el que han llenado hasta aquí. Y me parece que había de tener V. probablemente de colaboradora á la distinguida escritora ecuatoriana huésped hoy del Perú. Esa heroica mujer, de acentuadas tendencias á los más generosos ideales, alcanzaría la plenitud de su vida en la Religión de la Humanidad. Guiada por esta invencible doctrina podría aún reconquistar santamente al Ecuador de donde está proscrita por la retrogradación que allí prevalece actualmente. Deseo, señora Cabello, que cuente V. también en su labor positivista con el valioso concurso de un digno compatriota suyo que está enteramente libre de sobrenaturalismo, anda sediento de moralidad y manifiesta poseer índole de conductor de almas. Como se incorpore en la fe altruista, él actuará especialmente sobre la juventud peruana, salvándola de esterilizar su entusiasmo en el escepticismo y proveyéndola de convicciones inquebrantables y henchidas de sublime esperanza. El verdadero progreso no consiste en destruir sino en construir. Al catolicismo que es ya incapaz de regir la sociedad, no se le puede

eliminar por negación. De ese modo, y á pesar de todas las protestas científicas, continuaría existiendo. Hay, pues, que reemplazarlo por afirmación del Positivismo que le es tan superior bajo el punto de vista afectivo, intelectual y activo, y reúne él solo todas las cualidades para presidir eternamente á los destinos del género humano. Ninguna religión desaparece, por insuficiente que se haya vuelto, sino cuando es sustituida por otra. Pensar que la irreligión será lo que impere en el futuro, es desconocer la sociología. En verdad, la religión que es la más alta y veneranda de las instituciones sociales y las protege á todas, no puede perecer jamás, pero sí reorganizarse. Tal es lo que sucede ahora, pues ha sido convertida por el maestro supremo Augusto Comte, de teológica en positiva, quedando así inmensamente perfeccionada. Á instalarla en esta su excelsa condición normal, debieran esforzarse en concurrir todas las almas de buena voluntad. Esa es la gran labor que llama á los verdaderos obreros. Sin denigrar al catolicismo, antes, por el contrario, reconociéndole los servicios que prestó en el pasado y convidándolo á transformarse altruistamente en favor del porvenir, adhiérase de lleno á la Religión de la Humanidad, practíquese la siempre, defiéndasela incansablemente, y el santo edificio sociocrático irá creciendo y mejorándose de día en día, de año en año, hasta que cubra por completo nuestro planeta, hecho entonces feliz mansión de todos los hombres en la serie interminable de los siglos.

Iba á cerrar aquí esta carta, cuando me ha llegado, señora Cabello, su notable estudio filosófico sobre la novela moderna. Con él se acrecienta mi confianza en que

ha de ser V. un gran apóstol de la Religión de la Humanidad. De todo lo que he leído de V. esto es lo más impregnado del espíritu del porvenir. Situándose en un alto punto de vista domina V. por completo el asunto y lo trata con enérgica concisión y ardiente elocuencia. No quiere V. arte estéril ni pernicioso, sino que tenga finalidad social y moral, que promueva la regeneración humana y se inspire para eso en la sublime doctrina de Augusto Comte. El fondo del criterio estético de V. es que el ideal debe basarse en la realidad, á fin de que influya con eficacia en el incesante perfeccionamiento de nuestra especie. Cuán importante sería que al consejo agregara V. el ejemplo, ya que posee el don del arte, y creara una verdadera novela positivista. Ella traería la salud á muchas almas enfermas, dándoles el amor, la fe y la esperanza en la Humanidad. Los novelistas se olvidan hoy demasiado de su misión. En medio de la desmoralización reinante puede decirse que nada hacen por combatirla, sino que más bien son sus órganos poéticos. De ese modo el mal sigue su curso, fomentado precisamente por el arte que ahonda el abismo y empuja hacia él. Como no se reaccione á tiempo estallará la más terrible de las revoluciones y el anarquismo arrollará con todo. Tal vez ya es tarde para impedir el cataclismo. En efecto la Religión de la Humanidad que es la única salvaguardia posible, carece aun de las adhesiones suficientes para permitirle encauzar desde luego el desbordamiento impetuoso de las reclamaciones proletarias que se avanza exasperado por el egoísmo insensato de los patricios. Me temo que nuestra doctrina sólo triunfe cuando ya se hubiere realizado la inminente y pavorosa

revolución social. Calmando entonces las dolorosas consecuencias de esa tremenda crisis, el Positivismo instituirá la organización altruista del género humano. Si desear fuera poder, no tendríamos que resignarnos tristemente al lento progreso de la suprema causa redentora y la gloriosa reconstitución del mundo se efectuaría sin el colosal trastorno previo que nos amenaza. Mucho me pesa no encontrar la palabra que lograra conmover el yerto corazón de los patricios, hacer de los apóstoles malévolos apóstoles benévolos, y transformar, sobre todo, en elementos de salvación las enormes fuerzas estéticas, hoy descaminadas ó pervertidas. ¡Qué distinto aspecto tomaría la situación en ese caso! El peligro de la revolución social quedaría totalmente conjurado. Libres de violencias y desórdenes, marcharíamos en vigorosa evolución hacia el régimen positivista. Despertados los patricios de su sueño egoísta, velarían noblemente por la suerte de los proletarios. Las almas nacidas para predicar serían fervientes nuncios de la gran nueva altruista. Y las naturalezas estéticas elaborarían bellas producciones en que aparecería insinuante la vida sana, virtuosa y feliz que debe vivirse en nuestro planeta. Sometidos los novelistas á la Religión de la Humanidad, la potencia artística de ellos será mayor que bajo cualquiera otra doctrina, porque ninguna tiene la grandeza moral y mental que aquélla, y seguramente mucho mayor todavía que bajo el escepticismo, adversario funesto de todo ideal. La estética, lejos de aminorarse, crecerá, pues, con la fe altruista y tendrá siempre un carácter purificante. De la lectura de las novelas positivistas se saldrá más sereno, más animoso, con encendidos deseos de

servir mejor á la Humanidad. Esas obras constituirán verdaderos solaces santificantes del alma. No es, como piensan muchos erróneamente, la pintura del anárquico presente, sino la del armónico porvenir, lo que puede acelerar la regeneración social. La contemplación del egoísmo tiende á enervar hasta á las más fuertes, sólo la del altruismo estimula y alienta. Benditos los artistas que sepan idealizar anticipadamente el régimen normal de nuestra especie, contribuyendo de ese modo á inaugurar, lo más luego posible, la paz y la felicidad en la Tierra, bajo el sagrado imperio de la Religión Universal.

Haciendo los más fervientes votos, señora Cabello, por el cumplimiento de su apostólica misión altruista, saluda á V. con toda cordialidad y respeto su amigo y servidor

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

(CALLE DE LA MONEDA, NÚM. 9)

(\*) Nacido en Valparaíso, el 28 de enero de 1852

*Santiago, 18 de Arquímedes de 104 (11 de abril de 1892)*

(\*) Es práctica aconsejada por la Religión de la Humanidad el firmar, acompañando el nombre de la ciudad y fecha de nacimiento y del domicilio actual.



